

bardos, condujeses a tus lectores hasta dar con mi diminuta persona. Intentaste acaso con la previa evocación de excelsos nombres eliminar el minúsculo mío. De hecho lo está siempre que se le oponen otros, mas si el rugido del señor africano ahoga cuanto maya o chilla en torno suyo, dentro de la relatividad de una rendija puede un grillo hacerse oír y hasta desvelar al león mismo. Mi caso contigo, don Lope?

Si es verdad el dicho de Cervantes: «no hay poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor poeta del mundo», bien merecidas tenemos las palizas sufridas o por recibir: mas cuando contamos la fortuna de hallar quien nos saque a tiempo de engaños, faltan palabras para agradecerse y años para arrepentirnos de lo escrito.

Obrar de otra suerte es presunción inaguantable. ¿Qué valen extrañas zalemas e injustificado aprecio del cantor si en la unidad de medida de la belleza, si en la piedra de toque del buen gusto, si en la aquilatada balanza de los valores literarios, en una palabra, si en concepto de don Lope, el poeta fué hallado falto? Para ventura tienen los que logren conmoverte a ti, que, reñido con la humilde faena de los traductores, te relames paladeando en sus lenguas originales a Valmiki y a Homero, siguiendo en pos del águila de Weimar. Antes que nos dices la medida del Arte, antes de ti, don Lope, nuestra especie se emocionaba con aquello que sabía interpretar sus sentimientos: las viejas, con el Trisagio; las monjas, con los villancicos; el pueblo, con sus cantares; las niñas casaderas, con María; los ardientes mocetones, con Werther. Mas desde que tú hablaste, sólo será entrañable y fuerte lo que te conmueva y sacuda.

Con tan expedita pauta, simplificóse grandemente la crítica, ni habrá de aquí adelante canon distinto de belleza que: esto conmovió a don Lope, aquello dejó impasible al de Azuero.

Si el Arte es la expresión simpática de las reacciones de la sensibilidad de un autor—poeta, escultor, pintor, músico—puesta en contacto con la vida, a qué tan varios matices no se presta la confrontación de la obra artística, para el que la considera! El *Ramayana* de Valmiki puede inspirar, entre otras, estas o semejantes emociones: de inocente satisfacción al bibliófilo que se haga con la edición bilingüe de Corressio; de fruición filológica en Max Muller y Macdonell; de delectación histórica para los Schlegel y Alejandro de Humbolt; de sabrosura hiblea para Herder y Goethe; de intenso estimulante religioso, moral y filosófico para Schoebel; de cifra y resumen del mundo para un brahmán, y

de todo esto reunido, para ti, don Lope. Posible que los pasajes que enloquecerían a Goethe dejasen imperturbable a Burnouf, y los que embriagaron al doctor de Oxford hiciesen encoger de hombros a Lecomte de L'Isle, ya que la obra de arte mueve de distinta manera la sensibilidad de cada cual. Educación, preferencias, temperamento, factores de crítica son, que muestran influida la interpretación de cada obra por la idiosincracia de cada juzgador. Aún no he olvidado el gesto casi sensual con que Alfredo Croiset nos leía, después de volverlo al francés, el texto griego de los *Diálogos* de Luciano o el *Manual* de Epicteco. No es dudoso que el profesor experimentaba una entrañable emoción artística que muchos de sus oyentes no alcanzábamos. ¡Qué difícil es señalar el alcance emocional de cada obra! Por lo común cuantas dejó la antigüedad clásica sólo conmueven y arroban a quien dispone de preparación suficiente: el humanista logrará la entrañable emoción de Erasmo; el simple aficionado calará a menor hondura, y el profano, de seguro no calará la superflua. Otras obras hay de arte que sí permiten la participación de todos en el abierto ágape de la belleza. Careciendo yo, como dices, de emoción entrañable, ¿por qué Anarkos ha perdurado en la memoria de quienes no pueden apreciar «la maestría de la expresión», ni «la cinceladura del

verso?» Algo deben de haber sentido los humildes que así gustan de conservar aquellos versos. El *Canto a Popayán*, conmovió entrañablemente a un Doctor en Letras, que consagró a su análisis y elogio la tesis de grado; conquistó el aplauso de García Calderón, y sin embargo permanece inaccesible, en su forma simbólica y en su ritmo arcaico, a los afectos populares. A no haber hablado tú, cualquiera sería osado a firmar que en ambas obras existe honda emoción, expuesta de diverso modo, sentida en diversos grados, vivida con desigual intensidad.

Paul Bourget dijo un día: «El poeta no necesita corazón, basta con que tenga imaginación», que es muy poco exigir del portador. Mucho, más generoso has sido tú conmigo reconociéndome «talento literario asombroso», «excelente maestría de expresión, habilidad como cincelador de versos ricos de esplendidez y de bellas imágenes».

En mayor o menor grado, todos estamos influenciados por el medio, por la raza y por el momento histórico, de donde se deriva la analogía que muestran cada nación, cada grupo social, cada familia al experimentar las emociones comunes. Amor, dolor, placer y odio nos conmueven de modo semejante y en concordancia con la tradición, la sociedad, las orientaciones propias del pueblo a que pertenecemos. Mas como la emoción sea pasajera, puesto que una vez sentida se atenúa y tiende a borrarse, ya que en su carácter de transformación, de energía, cesa al consumir su cantidad de energía inicial, al pasar a la poesía exige, ante todo, si aspira a perdurar, habilidad para ser traducida por imágenes, al fijarla en el verso o en forma plástica. Cualquier mozo de veinte años puede amar tan intensa y locamente como el protagonista de Werther, mas para que se transmita a los demás aquella entrañable emoción, son menester talento literario asombroso, excelente maestría de expresión y el concurso de bellas imágenes. Difícil también probar que quien carezca de estas habilidades sea incapaz de sentir la entrañable emoción de amor, como sería aventurado decir que quien exprimió bellamente tal estado de alma fuese incapaz de sentirlo realmente en igual grado. En poesía, la emoción es la materia prima, como la arcilla en la escultura; lo demás es obra del artista: si acierta al comunicar la emoción propia, sobrevive; si nó, pasa al olvido. Carece, pues, de interés averiguar si el poeta sintió o no sintió lo que dijo. Probable es que el pavo real no se dé cuenta del asombro que causa su inverosímil abanico cuando, soberbio, lo despliega delante de nosotros; bástale con abrirlo y mostrarlo; el espectador goza de su belleza con la intensidad

STANFORD UNIVERSITY

California

January, twenty-sixth, 1921.

Dr. J. García Monge,

San José, Costa Rica.

*My dear Doctor García Monge:*

*I trust you will pardon my long delay in acknowledging the receipt of the most interesting and delightful book of short stories by the distinguished Costa Rican author Ricardo Fernández Guardia entitled La Miniatura. The book arrived during a somewhat protracted absence in the East and it has only been within the last week that I have been able to catch up in my correspondence and acknowledge the receipt of gifts from my good friends in Spanish America.*

*While I have not yet had an opportunity of reading this little work in its entirety, even a glance at the contents of the stories convinces me that Dr. Fernández Guardia has enriched Costa Rican literature with a work of very real merit. I am looking forward to its perusal with much interest and pleasure.*

*Thanking you once more for your courtesy, I remain,*

*With highest esteem,*

*Very sincerely yours,*

P. A. MARTIN